

# Mujeres, un Canto a la Libertad

## Un Caso

*Rubén Rojas*

Una carta certificada arribó al domicilio de Ingrid Urrejola Benavides, el penúltimo día del mes de junio. No acostumbraba a recibir este tipo de escritos en su casa. Solo llegaban a ella propagandas de casas comerciales, y mensajes recordatorios que le anunciaban la fecha de vencimiento de algún crédito. La recibió preocupada presintiendo, quizás, que su contenido trataba asuntos para nada agradables. Pensó que las cartas ordinarias son normalmente de saludos o contienen noticias buenas. Prontamente despachó al mensajero, proporcionándole una generosa propina. Una vez dentro en su habitación, examinó detenidamente el sobre. Se inquietó de sobremanera, al percatarse que él no portaba nombre ni dirección alguna. Con la ayuda de su cuchillo favorito, rasgó prontamente el envoltorio para enterarse de su contenido. Argumentaba lo siguiente:

*Estimada Ingrid:*

*Me he noticiado por una amiga de su persona, de su valentía e inteligencia para defender a nuestras iguales, que sufren por causa de otros. Le informo que estoy a pasos de quedarme desprotegida. He sabido por terceras personas –después de largos cuarenta años de matrimonio–, que mi marido me ha mentado sistemáticamente con respecto al tema dineros.*

*Lo cierto que la mayor parte del tiempo de nuestra vida de casados, mantuve yo el hogar, desde el punto de vista económico. El, a pesar de trabajar en el mismo banco que yo y ganando salarios equivalentes, nunca contribuyó a la familia como generalmente se acostumbra.*

*En estos momentos, él se encuentra iniciando su proceso de jubilación, poniéndome en antecedentes de que su pensión va a ser paupérrima, asunto que no creo. Por lo anteriormente expuesto, recorro a usted para que me ayude a investigar qué ha hecho con todo el dinero obtenido en su vida laboral. Lo más importante que quiero lograr con su ayuda, es que él restituya todo lo que me robado a mí y a mis tres queridos hijos. Sus datos son los siguientes: Lisandro Velásquez Ulloa, Rut: 6. 164. 390- 1. Su cargo hace diez años es jefe de cajeros.*

*Para enterarme si usted me apoyará, por favor, le ruego instalar un pañuelo rojo en la ventana derecha de su casa. Cuando lo divise, entenderé absolutamente que contaré con su importante auxilio.*

*Desde antemano agradezco su valiosa gestión.*

*Se despide atentamente,*

*Una mujer que por fin despertó.*

***Nota:*** *No estoy enterada si mantiene otra familia, o es aficionado a concurrir a casinos de juegos. Él bebe moderadamente en fiestas sociales y felizmente, no tiene el vicio del tabaco. No sabría decirle si consume alguna droga.*

La leyó tres veces seguidas, examinando meticulosamente cada uno de los párrafos. Lo que más que concitó su atención, fue que la persona que se comunicó por ese medio conociese la dirección de su casa, su nombre y apellido paterno, además de enterarse que tenían una amiga en común. Cuando finalizó la última lectura, se asomó a la ventana solicitada por la misteriosa mujer, para instalar el pañuelo rojo, con la esperanza de encontrar alguna mujer desconocida que la estuviera observándola para ver su reacción. Sin embargo, en la pacífica calle en que vivía, solo había un par de niños dándole a una pelota.

Ingrid comenzó entonces a hacer memoria de todas sus amigas y conocidas para descubrir quién podría ser la amiga en común. También revisó una a una, a las compañeras circunstanciales de su agitada vida de treinta tantos años. Luego les tocó

el turno a las mujeres que conformaban su populosa familia. No encontró a nadie, por más que lo intentó y eso le preocupó de sobremanera.

Ingrid Urrejola Benavides, por esencia, era una mujer reservada, de pocas y selectas amistades. Ella asistía a los compromisos sociales estrictamente necesarios, los que precisamente, no lograba esquivar. Se había titulado de abogada, hacía un par de años ejerciendo su profesión de forma independiente, casi siempre defendiendo brillantemente en los tribunales a las mismas de su género.

Su fama y tenacidad profesional habían trascendido en cuanto juzgado de familia existía. Defendía con firmeza y probada inteligencia a sus iguales, de cualquier atropello en su contra y de su familia.

El mensaje de la misiva no la dejaba descansar. Esa noche le fue difícil conciliar el sueño. A las nueve en punto de la mañana llamó a Damaris, su mejor amiga, para contarle lo sucedido, y ver si juntas lograban encontrar alguna solución. A las diez en punto concluyeron la larga llamada telefónica.

Quando hubo finalizado, Damaris Valdivieso Roa, bibliotecaria de profesión, inició rápidamente Internet para tratar de ubicar a don Lisandro Velásquez Ulloa. De acuerdo con lo que encontró, entendió que el hombre, al parecer, rehuía completamente de las redes sociales. En seguida, trató de ubicarlo por el número de su Rut, no encontrando en las numerosas páginas web que visitó, absolutamente nada.

Pero ella no se daba por vencida tan fácilmente, porque inmediatamente se comunicó con el Servicio de Registro Civil e Identificación, para inquirir sobre su persona. El funcionario a cargo le entregó la siguiente respuesta:

- El Rut, que nos ha consultado no existe. Cuando lo tenga claro, me puede telefonar nuevamente y con mucho gusto lo pesquisaremos en los archivos correspondientes. Que tenga una buena mañana.

Ingrid, por la tarde, al regresar al término de sus funciones a su casa, realizó algo totalmente inusual en ella: dio varios paseos por las calles de su barrio, atenta a

cualquier visillo de ventana que se descorriera más de lo prudente. O que alguna persona concentrara su mirada en ella, por más del tiempo permitido. Pero, nada anormal aconteció. En ese recorrido inesperado, conoció un nuevo café abierto al público, que invitaba generosamente a explorarlo.

No pudiendo resistirse a esa invitación tan tentadora se ubicó junto al ventanal que dominaba generosamente toda la calle. Solícitamente, llamó al encargado del café y le solicitó ese capuchino expreso que tanto le fascinaba. En ningún momento osó quitar la vista de la calle. Cuando quiso beber el brebaje lo encontró tibio, por lo que demandó otro igual. Cuando lo finalizó lentamente, emprendió el corto regreso a su casa.

En tanto, Damaris, continuaba buscando afanosamente en su computador, alguna pista del hombre. A las nueve en punto de la noche, ambos teléfonos, coincidieron en llamarse. Después de los saludos respectivos, las amigas refirieron lo que había hecho cada una, con respecto al asunto que las convocaba.

- ¿Sabes Ingrid?, que el Rut que nos proporcionó la señora no existe, de acuerdo con lo informado por el funcionario del Servicio de Registro Civil e Identificación. ¿No te parece raro que ella te haya entregado un número de identificación que no corresponde a la realidad?
- Tienes toda la razón. Algo debe tramar ella. No me trago ese cuento que haya tocado una tecla que no correspondía sin darse cuenta —añadió Ingrid.

Las amigas pertenecían hace un largo tiempo a una organización creada algunas décadas atrás por unas valerosas mujeres pertenecientes a una épica toma de terrenos. Esta estaba ubicada en las faldas de una importante y reconocida hilandería de la capital. Sus organizadoras, después de largas conversaciones la bautizaron como: “Mujeres, un canto a la dignidad”. Sus principales funciones, consistían en defender a sus compañeras de género de los abusos de sus esposos u otros hombres que las acompañaban, tanto en la parte económica, como en el trato que ellos deben tener con ellas y, lógicamente, que con sus hijos.

Tanto Ingrid como Damaris, habían participado en varias acciones solidarias en contra de algunos sujetos que tenían la cosita para puro mojarse los pantalones, no respetando a sus propias señoras y/o parejas y a su descendencia.

Famosa fue esa vez, cuando dejaron totalmente desnudo, en pleno centro de la urbe, pintado totalmente de rosado, a un conocido presentador de televisión, que constantemente maltrataba psicológica y físicamente a su esposa. El hombre totalmente avergonzado por la acción de estas visionarias mujeres abandonó raudamente el país, en la más completa vergüenza.

Al terminar su conversación telefónica, convinieron reunirse al día siguiente, después del término de sus respectivas jornadas de trabajo, en el café que recién había descubierto Ingrid.

La enigmática mujer que puso en movimiento la carta certificada había logrado enviar a su mejor amiga para comprobar si pendía un pañuelo rojo en la ventana derecha de la casa de la abogada. Cuando la amiga le contó que sí, se alegró enormemente. Fue entonces cuando la mujer de la epístola extrajo de la cartera una foto de su compañero de ruta. Juró con rencor ante el retrato, que él, Lisandro Velásquez Ulloa, por ningún motivo, se saldría con la suya.

En el café recientemente conocido, Ingrid y Damaris, después de degustar sus cafés de preferencia, concertaron asistir a la mujer que solicitaba ayuda, que trataba de recuperar los dineros pertenecientes a ella y a su familia. Damaris detestaba con toda su alma a los hombres que creían que su sueldo era una cosa exclusivamente de ellos, y no como debe ser, que este pertenecía a todos los integrantes de la familia. Nunca logró entenderlos. Por esta poderosa razón, se había integrado a esta organización tan visionaria y provocativa, aun para estos tiempos que corren.

Ingrid, en cambio, asertiva como siempre se dijo que, si una compañera de género sufre, su sufrimiento entonces es completamente mío. De muy pequeña sufrió en carne propia

lo que es tener un padre ludópata que malgastaba la mayor parte de sus entradas en casinos de juegos, tanto legales como clandestinos.

Cuando Ingrid se encontraba abriendo la puerta principal de su habitación, una mano de niño la rozó suavemente. Al girarse vio a un pequeño que con suerte tendría doce años, demasiado asustado, que le ensartó en sus manos un papel ligeramente arrugado. El niño huyó velozmente del lugar. Intentó perseguirlo, pero sus zapatos tacos altos constituyeron un importante obstáculo. Se recriminó ácidamente por no fijarse en su aspecto, para reconocerlo posteriormente.

Ingresó a su casa asustadísima, encendiendo la luz del salón principal, para descifrar rápidamente el contenido del papel. Lo leyó en voz alta:

*Gracias, no esperaba menos de usted. Por favor, instale en el mismo lugar, una cinta o pañuelo de color amarillo, si requiere más información.*

*Muchas Gracias.*

*Con atentos saludos,*

*Una mujer que por fin despertó.*

Nuevamente salió de su morada para recorrer el vecindario, para ver si lograba dar con el paradero del muchacho. Completó varias vueltas observando hacia los cuatro puntos cardinales, para observar si algo extraño sucediese que la llevara a identificar a la misteriosa mandante de la carta. No encontrando nada, entró al café que había descubierto hace poco. Se sentó en el lugar ya acostumbrado, y cuando concluía su reparador café, sus ojos colisionaron con los de una mujer que la miraba con desesperación, rogándole pronto socorro.

No perdió tiempo. Fue rauda a su encuentro, pero la mujer solo se encontraba angustiadísima porque no encontraba dar una dirección, a la que tenía que visitar con urgencia. La tomó del brazo y amablemente la dejó en la dirección correcta. Estando a punto de despedirse, un visillo de la casa de enfrente pareció deslizarse furtivamente.

Miró agitada y al observar con más calma, comprobó con asombro, que el visillo nunca había realizado movimiento alguno.

Regresó aprisa a su casa para comunicarse más tranquila por teléfono con su amiga y contarle lo sucedido minutos antes. Damaris escuchó atentamente y cuando terminó la conversación de Ingrid, tocándole su turno, le contó a su compañera de organización, que un hombre con una mirada impregnada de odio, la acosó por dos largas cuerdas. Indicó, además, que su pavor la había superado completamente, que, aunque quiso, no pudo voltearse para descubrirlo, como era su ferviente deseo, y lo único que atinó hacer, fue apresurar sus pasos y correr a refugiarse en la seguridad de su habitación.

Para sus resguardos personales, y también para evitar desaguisados inoportunos, acordaron inteligentemente, comunicarse entre ellas, cada veinte minutos, después del término de sus trabajos, hasta concluir en sus propios domicilios. Por si fuere necesario, ambas comenzaron a portar en sus carteras, una pistola pequeña, calibre veintidós y un gas paralizante. Si cualquier hombre osara atacarlas, no iban a salir sin castigo.

Antes de tenderse en la cama, recordó la solicitud entregada por el niño, procediendo inmediatamente a instalar en la ventana la requerida cinta amarilla. Ambas revisaron bien que todas sus puertas y ventanas estuviesen bien protegidas y selladas. A continuación, casi al mismo tiempo disiparon las luces de sus casas.

Al día siguiente no sucedió nada anormal, salvo una llamada telefónica a las dos, y a la misma hora. Y que, al contestarla, esta concluyó inmediatamente. Obedecieron al pie de la letra, el acuerdo de comunicarse cada veinte minutos, después de la salida de sus trabajos.

Por la tarde, cumplieron con el rito de comunicarse sagradamente a las nueve horas de la noche. Se relataron todo y acordaron comunicarse con las otras líderes de la organización para ponerlas al tanto de lo que les estaba ocurriendo y también para que ellas tomaran cartas en el asunto, si se requiriese.

Ingrid, temprano en la mañana, miró de reojo, la cinta amarilla que demandaba más información. Se le pasó por la mente solicitarle a alguna vecina de buena voluntad que vigilase su hogar mientras ella estuviese ausente, y que, por favor, la llamase enseguida, si ocurriese algo anormal en ella. Pero, desgraciadamente su carácter huraño, le jugó como de costumbre una mala pasada. Solo había cruzado con ellas, estrictamente, los saludos que corresponden a una buena educación. Tal vez por eso, las personas que vivían en las casas cercanas nunca le prestaron mayor atención.

Al otro día la misteriosa mujer concurrió personalmente a la oficina de la abogada, para abundar más pistas sobre su marido, tal como lo había prometido. Esperó pacientemente el primer descuido de la recepcionista para deslizar furtivamente bajo un libro, una carta que había preparado para la abogada. Finalizando su audaz cometido, huyó del lugar.

Concluyendo la jornada de la tarde, la recepcionista ordenó su escritorio como siempre acostumbraba. Bajo la agenda en que anotaba las citas, encontró una carta dirigida a su jefa. La licenciada se había retirado minutos antes, aquejada por un fuerte dolor de cabeza. Miró el sobre donde aparecía solamente el nombre de su contratante: Ingrid Urrejola Benavides, y nada más. Lo guardó bajo siete llaves para entregárselo mañana a primera hora.

Por su parte, Damaris, cambió su recorrido habitual de regreso a casa para eludir sorpresas desagradables. Vio la teleserie que comenzaba a las veinte horas, siguió, luego, en el mismo canal, las noticias de la noche. Realizó sus ejercicios acostumbrados, disponiéndose a dormir. Estaba acomodándose en la cama, cuando un fuerte ruido la sobresaltó. Escuchó nítidamente una pedrada que se estrellaba fuertemente con la puerta principal.

Cogió la pistola, y sigilosamente concurrió al salón principal. Esperó un tiempo prudente, luego encendió las luces, y se hizo hacia la puerta principal, ocultando eso sí, astutamente, la pistola bajo la pretina del pantalón de su pijama. Presta asomó su



cabeza en la entrada principal observando hacia todos los lados, no descubriendo nada que le llamase la atención. Cerró la puerta ocupando las dos llaves de seguridad, más la aldaba, esa que nunca utilizaba. Por seguridad, esa noche durmió con la pistola cargada con todos los tiros correspondientes bajo la almohada.

Mientras sucedía esto, la mujer de la carta estacionó su automóvil justo al frente de la casa de Ingrid. Para no despertar sospechas y no la reconocieran en el vecindario, ocultó su cabello castaño bajo una platinada peluca rubia, aprovechando también de cubrir sus ojos bajo unos lentes oscuros y voluminosos, que ocultaban a carta cabal, su identidad. Se mantuvo en ese lugar por espacio de treinta minutos exactos. Encendió, luego, un cigarrillo, lo aspiró largamente y así como llegó, se fue.

A primera hora de la mañana la secretaria le entregó la carta a su jefa, explicándole las circunstancias de cómo la había hallado. Con el cortapapel, Ingrid rasgó el sobre. A continuación, leyó el contenido:

*Estimada Ingrid:*

*Junto con saludarla cordialmente, tengo el agrado de indicar para su conocimiento y fines, los itinerarios que acostumbra a realizar Lisandro, después de que termina su jornada de trabajo, así como lo que realiza los fines de semana.*

*Lunes: Concorre sagradamente, a las veinte horas, al Starbucks Café de Isidora Goyenechea, esquina San Sebastián, comuna Las Condes.*

*Martes: Visita religiosamente en su domicilio, a su compañero de colegio, Pedro Salgado. Regresa a casa, generalmente alrededor de las veintitrés horas.*

*Miércoles: Regresa temprano a casa. Tipo veintiuna horas sale a pasear al perro. Regresa casi siempre pasada la medianoche.*

*Jueves: Trata de hacer vida de hogar. Alrededor de las veintidós horas se encierra en su pieza escritorio. No sé qué actividades realiza allí.*

*Viernes: Se casó con separación de viernes, como dicen jocosamente los cómicos de la televisión. No sé a qué horas regresa.*

*Los sábados acostumbra a ir a almorzar con su madre y el domingo como no, lo duerme completo.*

*Nota: Este último tiempo lo veo muy preocupado y constantemente sobándose su corazón.*

*Con atentos saludos,  
Una mujer que por fin despertó.*

- Dígame Marisol. ¿Usted no observó a ninguna persona dejando la carta en el mesón?
- No, porque justo ayer hubo mucho movimiento en la oficina, como hace tiempo no sucedía – respondió la ayudante.
- Pero, la persona entró en algún momento del día al despacho dejando la misiva ¿Cómo logró realizarlo, si usted se encontraba allí?
- No tengo respuesta a eso. Yo siempre estoy muy pendiente con las personas que entran y salen de la oficina. Pero, esta vez, desgraciadamente, no vi a nadie que dejara la carta.
- Está bien. Para otra vez, por favor, le solicito que esté más alerta – finalizó la conversación, Ingrid.

Ingrid se encontraba de sumo preocupada. La señora que había solicitado sus servicios manejaba demasiada información sobre su persona. Conocía a una amiga suya, su dirección particular y, ahora, por si fuera poco, su domicilio comercial.

Tomó el teléfono para comunicarse urgente con su amiga.

- Hola Damaris. ¿Cómo estás?
- Sumamente preocupada, amiga. Cuando me disponía a descansar, escuché una fuerte pedrada en la puerta de mi casa. Enseguida tomé la pistola para acercarme lentamente a la puerta para advertir lo qué sucedía. Al asomarme y atisbando

hacia todos los lados, no vislumbré nada anormal. Te confieso que ayer por primera vez en mi vida, he dormido con un arma completamente cargada bajo mi almohada. ¿A ti te pasó algo fuera de lo común, como lo que me sucedió a mí?

- Sí, por eso te estoy llamando, porque también me encuentro de sumo preocupada. Ayer la señora de la carta se presentó en mi oficina dejando una misiva dirigida a mi persona. Te cuento que la secretaria no supo explicarme bien quién fue y cómo la pudo instalar sin que nadie la viera en el mesón de información. Menos supo la hora.
- Creo, Ingrid, que tenemos que reunirnos de forma urgente. No en mi casa, menos en la tuya, porque la señora sabe tu dirección.
- Estoy completamente de acuerdo. Ahora tengo pánico de dirigirme hasta el café cercano a tu casa —atinó a decir su amiga.
- ¿Dónde crees que nos podríamos juntar con mayor resguardo? —inquirió Ingrid.
- Ya sé. En el Mall del Alto Las Condes. ¿Te viene a la memoria ese precioso café donde celebramos tu cumpleaños?
- Sí, como no recordarlo. Me parece el lugar ideal, además que me trae tan buenos recuerdos —respondió Ingrid.
- ¿Qué te parece entonces que nos encontremos en ese lugar tipo diecinueve horas con treinta minutos? —propuso Damaris.
- De acuerdo, amiga. Ahí estaré. Chao. Te dejo, alguien está preguntando por mi persona —finalizó la llamada Ingrid.

Esa mañana, Ingrid dejó de revisar el alto de carpetas que tenía pendiente. Su preocupación ahora era el lío en que se encontraba metida, junto a su fiel partidaria de correrías. Tomó su cartera y se largó a caminar a un parque cercano, tratando de tranquilizar su vida, que ahora se había convertido en un torbellino. Unos hermosos agapantos quietaron su alma, junto a una pequeña niña radiante como el sol —que recién estaba largándose a caminar—, le arrancaron sonoras carcajadas.

Las dos estuvieron a la hora indicada en el hermoso Mall. Por primera vez, quizás, se dieron un apretado y sostenido abrazo. Se sintieron como nunca, familia.

- ¿Cómo estás gran amiga mía? –saludó amablemente Damaris.
- –Tensa. Hay algo en todo esto que no me huele bien. Aún no hemos comenzado este trabajo y nos encontramos completamente desbordadas –dijo Ingrid.
- Imagínate como estoy yo. Primero el hombre de la mirada de odio que me persiguió por dos largas cuadras y ahora, como si esto fuera poco, el piedrazo a mi puerta –aventuró Damaris.
- Esta señora que conoce mis domicilios y, además, agrega que tenemos una amiga en común. Agrégale a eso, sus cartas entregadas y esos pañuelos y cintas de colores que me ha hecho instalar en la ventana de mi casa. Ahora no sé si tenemos que investigarla a ella o a su marido. Estoy completamente perdida – complementó Ingrid.
- No entiendo por qué no revela su rostro. ¿Porque nos está manejando como marionetas y nosotras nos encontramos a su completa disposición?, me preguntó yo –dijo Damaris.
- Creo que debemos tomar una decisión. Si continuamos o no con este cometido. Por mi parte, siempre me ha gustado terminar los asuntos que comienzo –afirmó la abogada.
- Yo amo y disfruto la adrenalina cuando estamos defendiendo a las nuestras, aunque en mi fuero interior, esté pensando en huir del lugar lo más rápido posible y prometiéndome a mí misma, que nunca más voy a dármelas de heroína – agregó Damaris.
- Bien, entonces seguimos camarada, aunque quizás peligren nuestras propias vidas –sentenció la abogada.
- Continuemos, que no se diga jamás que una integrante de la valerosa y necesaria organización “Mujeres, un canto a la dignidad” se rinde frente a un hombre deshonesto, económicamente, con su esposa e hijos –arengó Damaris.

- Bien, Damaris, así se habla. Las cosas no se nos presentan fáciles, por lo tanto, desde ahora, debemos tomar serias precauciones de seguridad en nuestro ajetreo diario.
- Estoy completamente de acuerdo. Sigamos adelante y confiadas – remató Damaris.

La información aterrizada en la oficina no ofrecía muchas pistas que digamos, salvo la del lunes en que su marido visitaba el Starbucks Café. Ambas asociadas decidieron esperar el lunes siguiente para localizarlo. Como recién era jueves decidieron ir a visitar a un ex peligroso delincuente que había colgado su corvo y su revólver, para traspasarse con camas y petacas al bando de los buenos.

Se trataba del famoso Carne Amarga, ahora rebautizado por sus mismos vecinos, como el Pan de Bendición. El Pancito, como lo llamaban cariñosamente ellas, en dos ocasiones, le había colaborado con sus consejos, de cómo dejar en el más completo ridículo frente a sus pares y llevarlos agarrados del moño a la cárcel, a dos hombres que se especializaban en enamorar a mujeres, que, cuando estas se encontraban totalmente bajo su pérfido dominio, amorosamente, les proponían que abrieran una cuenta corriente en el banco más cercano.

“Porque amorcito mío, tengo un negocio fantástico que nos va a dar esplendidas ganancias, que apenas lo cierre nos casamos inmediatamente, le susurraban tiernamente al oído.

Las incautas pérdidas de amor, no tan solo le entregaban un cheque, sino que les entregaban el talonario completo ante semejante ofrecimiento. Cuando obtenían el talonario lo reventaban completamente en sus propios deleites y goces. No pocas de ellas terminaron confinadas por un largo tiempo en una cárcel dedicada a ellas. La otra fue cuando desbarató a punta de pura sagacidad e ingenio una banda especializada en asaltar a mujeres.

En la conversación que mantuvieron con él, le contaron todo respecto al esposo, que desatendió económicamente a su familia. Al instante, el Pan de Bendición ofreció sus servicios para que el desatinado cumpliera con todas sus obligaciones, quedando de acuerdo en juntarse el lunes en el conocido café de la comuna de Las Condes.

Efectivamente, el lunes a las diecinueve horas con treinta minutos, Ingrid, Damaris y el Pan de Bendición, estaban degustando un frappuccino de chocolate blanco y moka en el Starbucks Café, de calle Isidora Goyenechea, esquina San Sebastián, como previamente se habían concertado.

Ingrid quedó a cargo de vigilar atentamente la entrada al recinto, mientras que Damaris tenía la importante misión de controlar todo lo que sucediese en la terraza. Así dispuesto, todo el interior del local quedó bajo la completa responsabilidad del Pan de Bendición.

Los tres, constantemente, se encontraban fotografiando con sus modernos celulares, los rostros de todos los hombres maduros que se encontraban en el lugar, sin que ellos ni siquiera se percataran de las continuas instantáneas.

A la hora indicada por la señora misteriosa, se congregaron en el lugar, tres hombres cercanos a los sesenta y cinco años sentándose en un mullido sillón, ubicado estratégicamente frente a los servicios higiénicos. Los tres caballeros como si se hubiesen puestos de acuerdo, portaban cada uno un maletín de cuero. Solicitaron al unísono, un frappuccino de crema de caramelo.

Por otro lado, a las veinte horas con quince minutos exhaustamente, llegó un señor solo, que bien podría ser el tal Lisandro Velásquez Ulloa. Apenas se instaló en su mesa, cogió un diario que se encontraba en un asiento cercano e hizo como que estaba leyendo concentrado. O, quizás lo estaba utilizando para no revelar su rostro.

Lo que más le intrigó a Ingrid, fue que no solicitó nada hasta pasada las nueve de la noche. Tal vez, se dijo, debe estar esperando a un conocido que no ha llegado aún.

Los otros tres señores, mientras tanto dialogaron largamente de política, nacional e internacional. Cuando agotaron el tema pasaron a la sesión deportes internacionales y nacionales. Había uno de ellos que constantemente iba al servicio higiénico regresando con su pelo mojado y recién peinado, mientras que los otros dos en su ausencia, aprovechaban descaradamente de revisar el portafolios del ausente.

Exactamente a las nueve con cuarenta y cinco minutos el señor que ingresó solo al lugar dispuso su retirada. Una mirada cómplice del Pan de Bendición bastó para anunciarles a sus compañeras, que él se iba a ser cargo de la situación. Efectivamente, lo siguió hasta el auto, tomándole al momento una foto a la patente. Extrañamente, el sujeto solitario no hizo arrancar el vehículo inmediatamente.

Cuando anunciaron los parlantes que el local finalizaba su atención por el día de hoy, los tres amigos se dirigieron al automóvil del que permanente iba al baño para despedirlo con apretados abrazos. A prudente distancia los siguió Ingrid. Mientras que Damaris, sagazmente, aprovechaba ese momento para instalar en las manos del garzón —que toda la noche se había hecho el lindo con ellas— unos atractivos billetes aflojadores de lengua. Menos mal que Ingrid alcanzó a fotografiar la patente del vehículo.

Cuando se fue el primero, los otros dos se sentaron a conversar distendidamente en una plaza cercana. El Pan de Bendición, nuevamente guiñándole un ojo, les señaló a ellas que él se iba a ser cargo de la situación. Después de un largo tiempo, ambos señores abrieron sus respectivos maletines e intercambiaron unos pequeños paquetes fuertemente sospechosos.

Finalmente, el caballero que llegó solo hizo arrancar su auto sin antes entregarle un misterioso paquete al fulano que oficiaba de cuidador de autos.

A la siguiente jornada, Damaris disparó la llamada que todos estaban esperando ansiosamente.

- Ya lo tengo identificado. Es el señor que fueron a dejar al auto los otros dos.

Tenían la imagen a cuerpo completo del sujeto y la patente de su auto. Datos más que suficientes para saber casi todos sus datos personales. Felices por el trabajo realizado, los amigos defensores de las mujeres se despidieron de cada uno, quedándose de reunir a la salida del trabajo en el café del barrio de Ingrid, para intercambiar la información reunida durante el transcurso del día.

A la hora convenida, Damaris, entregó todo lo que averiguó sobre don Lisandro Velásquez Ulloa, recopilado en las mejores bases de datos existentes en la administración pública. Un simple llamado realizado por ella a la jefa de la biblioteca de la Policía de Investigaciones bastó para saber toda su vida ciudadana. Ingrid, por su parte, esta vez, cooperó con la revelación y ampliación de todos los retratos tomados la noche anterior.

Lo más sorprendente de la junta de esa noche fue que la dirección de don Lisandro Velásquez Ulloa, coincidía plenamente con la dirección del café que invitaba generosamente a abordarlo, donde precisamente en esos momentos se encontraban los tres. Los seis ojos a la vez se clavaron largamente en los ojos de la señora que estaba a cargo de la caja.

Frisaba cerca de los sesenta años, conservada excelentemente para su edad. Cuando cancelaron los cafés, ella nunca murmuró la más mínima palabra. Más aún, los recibió con la cabeza gacha, como que ocultara algo detrás de esos elegantes lentes ópticos de fina elaboración. Se retiraron apresuradamente del lugar, obvio que el estar ahí ahora, se constituía en un lugar demasiado peligroso para el término de la comisión.

Sin que lo notara ella, el Pan de Bendición había disparado la cámara de su celular numerosas veces. Esta vez quedaron de acuerdo de reunirse en el departamento de Damaris. Estando allí se instalaron en el balcón para tomar aire fresco, acompañados de un excelente café de grano. Acordaron que el Pan de Bendición como disponía de más tiempo libre que sus asociadas, fuese el encargado de presentarse en el banco para conocerlo y estudiarlo mejor.



Así lo hizo al día siguiente, a primera hora se instaló en el lugar simulando ser un cliente del banco. Cuando tres horas más tarde divisó. que de repente don Lisandro Velásquez Ulloa, cogió su chaqueta y raudo se lanzó a la calle, el acto seguido equiparó sus pasos a una distancia prudente. Don Lisandro, primero franqueó la puerta de un banco de la competencia, solicitando una gruesa suma de dinero para luego, correr a depositarlo en otra conocida entidad financiera. Mirando desconfiadamente hacia todos los lados, regresó por otra calle al lugar de su trabajo.

A la salida de su ocupación diaria, lo esperaba pacientemente su tenaz cazador. A las dieciocho horas justas, se retiró del banco el encargado por la señora misteriosa. Esta vez no se dirigió al estacionamiento que le proporcionaba la entidad bancaria, sino que enfiló sus huellas hacia un frecuentado café de calle Ahumada.

Instalado en una mesita puesta en la vereda, se reunió con uno de los mismos caballeros que visitaron el café de calle Isidora Goyenechea. Pan de Bendición observó que ambos no dialogaban mucho entre ellos que digamos, sino que, por el contrario, constantemente, sus miradas se dirigían hacia donde comenzaba la calle, como si estuviesen esperando a alguien que debería haber arribado ya. Como el supuesto personaje no arribó, canceló cada uno su café en efectivo, despidiéndose abrazados, susurrándose palabras en sus oídos, que no se alcanzaron a oír.

Ingrid avanzó ese día con varios expedientes que le estaban esperando hace algún tiempo. Damaris, en cambio, se le pasó volando el día, recopilando información en importantes bases de datos internacionales, después en Internet y en otras fuentes escritas, para un connotado investigador que andaba tras la siga de un misterioso virus que podría ser letal para la especie humana. Al terminar su extenuante jornada, el auxiliar de aseo le entregó un sobre sin remitente.

Damaris se encontró con un dibujo hecho a escala de su propia persona, vestida con la misma ropa que había lucido con motivo de la celebración del día del bibliotecario. Sin dudarle dos veces, tomó el teléfono y llamó a su confidente, mostrándose muy asustada.

- Ingrid, alguien que no sé quién es, me acaba de dejar un sobre con el auxiliar de aseo, que contiene un dibujo de mi persona, con el vestido que usé para el día que celebramos nuestra profesión. Creo que alguien o varias personas nos están persiguiendo ya largo tiempo.
- ¿Por qué a nosotros? —preguntó Ingrid. —  
Yo creo que debe ser la señora de don Lisandro la que nos está persiguiendo y atormentando de esta manera. Por más que analizó la situación, no logro descifrar cuál es el móvil de ella. Si nosotros, junto al Pan de Bendición estamos tras los pasos de su marido por expresa petición de ella. ¿Por qué, entonces, nos hace esto? —contestó preocupada la bibliotecaria.
- Yo también apostaría que es ella. Pero tal como tú, no entiendo cuál es su razón.
- Creo que lo tenemos que hacer urgentemente es investigar seriamente a la cajera del café, pues tengo la tincada que es la esposa de don Lisandro y olvidarnos por el momento del caballero —balbuceó preocupadísima Damaris. —  
Estoy completamente de acuerdo contigo — Te propongo que vayamos a visitarla al café inmediatamente. —afirmó segura Ingrid. —De allá somos —  
respondió absolutamente convencida Damaris.

Al llegar al negocio comprobaron que este había cerrado hace poco, como si alguien se hubiese comunicado que ellas iban a visitarlo. Se abrazaron fuertemente rodando lágrimas de preocupación. Volvieron en completo silencio al auto de Ingrid. Desde ese lugar se contactaron con el Pan de Bendición para hacerle saber todo lo sucedido esa tarde.

A la jornada siguiente, los tres persecutores se reunieron en la oficina de Ingrid. Después de analizar, desde todos los puntos de vista imaginables, la delicada situación por la que estaban atravesando, acordaron dejar stand-by, por un tiempo, la solicitud realizada por la misteriosa mujer que andaba en busca del dinero que le adeudaba por largo tiempo su esposo. Quince días de descanso era un buen tiempo, asintieron todos.

El único que siguió trabajando por cuenta propia en el caso fue el Pan de Bendición. Por esta misma razón se enteró que el compañero de colegio de Don Lisandro, don Pedro Salgado, tenía residencia en la calle Antonio Varas, casi frente al Hospital de Carabineros. Que don Pedro era un solterón empedernido que ocupaba la mayor parte de su tiempo apostándoles a los caballos que corren en los hipódromos de la capital.

Que, efectivamente, paseaba su perro Labrador Retriever, de nueve horas hasta pasadas doce de la noche. Que se detenía por media hora en las esquinas de Pedro de Valdivia con Avenida Bilbao, para realizar extraños gestos de desaprobación a un habitante de un departamento de un quinto piso, que constantemente se encuentra con las luces apagadas.

Que los viernes se dirige a bailar cueca brava donde “El Huaso Enrique”, hasta las dos de la madrugada. Que, extrañamente, no tiene pareja fija, sino que danza la cueca chora, con aquellas dispuestas a aceptar su gentil invitación. Un vino navegado y un costillar de cerdo al horno es lo que consume sagradamente. Que generalmente se sienta solo. Que el sábado sagradamente, visita a su madre, llevándole empanadas para el almuerzo y un elogiado kuchen de manzana, para tomar las onces. Finalizadas estas, regresa a su domicilio. Que luego se encierra en su dormitorio hasta el otro día. Eso sí, antes deja totalmente dispuesta la muda de ropa, con que va a iniciar su trabajo semanal.

El Pan de Bendición había obtenido información de confiables fuentes, que la casa que se había convertido en un invitador café fue su primera vivienda cuando era pequeño. Que ahora vivía en la casa que su señora que recibió de herencia. Que don Lisandro, nunca puso al tanto a su señora que era el propietario de esa casa, porque le transportaba penosos recuerdos. Que, por esta misma razón, la arrendaba a precios módicos, como que si con esto la estuviera castigando.

Como en la práctica, poseía casi todos los datos necesarios de don Lisandro, lo encaró en el restorán de “El Huaso Enrique”. Antes de ello, saturó reiteradas veces su vaso de vino, con el fin de aflojarle completamente la lengua. El hombre aún en esas

penosas condiciones no reveló secreto. Entonces, no quedó más que trasladarlo en calidad de bulto, a su propia vivienda, depositándolo en la cama de los alojados.

Cuando don Lisandro, abrió los ojos, le sirvió un probado caldo reponedor de borracheras. Volvió amablemente a inquirir sobre lo que hizo con el dinero obtenido en su vida laboral. El hombre repuesto de la tomatera comprobó que un varón bien plantado estaba dispuesto, como sea, a enterarse de la terrible verdad.

Don Lisandro trató de despedirse, agradeciendo sinceramente todas las atenciones que le había prodigado su atento servidor, pero que ahora debía dirigirse a su casa para cambiarse de muda, para luego ir a visitar a su distinguida madre que lo esperaba ansiosa cada sábado, con una exquisita cazuela.

El Pan de Bendición lo invitó cariñosamente a posar sus sentaderas en el sillón principal de su casa. Ahí le relató por qué él se encontraba en su casa, añadiéndole enérgicamente, que no descansaría hasta saber todo. Que tenía toda la paciencia del mundo para esperar su respuesta:

- Es más, venga por favor, mire, mi refrigerador está lleno. Estamos abastecidos para estar tranquilamente aquí un mes. No lo quiero presionar, pero usted debe saber, que con las mujeres y sus hijos no se juega. Que existe una organización denominada “Mujeres, un canto a la libertad” que se encarga de protegerlas. Ellas me citan circunstancialmente para colaborarles. Debe saber, además, que estas manos han derramado sangre por doquier. Si algún día dispone de un tiempo extra, diríjase a la Sección Periódicos de la Biblioteca Nacional para que, por usted mismo, se entere de lo que decía la prensa nacional sobre el que le habla.
- Yo, con todo el respeto que merece su persona, le juro que lo que he ganado en mi vida, se ha gastado en mi familia. Y ahora por favor déjeme retirarme —suplicó don Lisandro.
- No juegue conmigo señor. Le estoy solicitando educadamente que, por favor, me facilite la información que le he solicitado. En caso contrario me veré en la obligación —muy a mi pesar, créame— de darle un par de trompadas, cosa que no quiero realizar por nada del mundo. —Creo que, por ahora, esta conversación

finalizó. Ahora, por favor, vaya a ducharse. Yo le tengo una muda de repuesto. No se le ocurra realizar ninguna tontera. Actuemos como hombres civilizados y no como niños a punto de darle una pataleta. Cuando finalice, iremos a dar una vuelta por ahí, dando por finiquitada el dialogo---Concluyó el Pan de Bendición.

Se contactó inmediatamente con sus amigas para contarle lo sucedido desde el viernes hasta hoy sábado después de almuerzo.

Cuando terminó de hablar, fue en busca de su lapicera que antiguamente le había servido para salvar su propia vida. Cuando don Lisandro estuvo dispuesto, el Pan de Bendición, hundió fuertemente la lapicera en las costillas de su huésped transitorio, comunicando lo siguiente:

- Como habrá advertido detrás de sus costillas se encuentra un calibre treinta y ocho, cargado con siete balas. Lo único que quieren hacer ellas, es dar un paseo rápido para encontrarse con algún personaje desprevenido, para incrustarse completamente en él, mala suerte no más, digo yo. De repente, me da lo mismo detener sus paseos, porque son muy desobedientes. ¡Me entendió don Lisandro! —rugió el exdelincuente.
- Por favor, no me haga nada. Le vuelvo a jurar que yo no he malgastado el dinero. No sé quién le ha venido con esos cuentos ---imploraba deshecho, don Lisandro.
- Parece que no nos estamos entendiendo. Ahora vamos a dar un pequeño paseo para aprovechar de estirar las piernas. Recuerde que siempre tras suyo, lo sigue, un revólver calibre treinta y ocho. Al primer desatino suyo, vaciaré sin alguna duda los siete tiros —aseguró el Carne de Bendición.
- Por favor, no me haga nada, solo soy un simple padre de familia. Se lo imploro si quiere de rodillas.
- No haga eso. Ahora iremos de visita al Cementerio General. Dicen que es un lugar donde algunos poetas van en busca de inspiración. También que algunos góticos duermen como niños de pecho en sus tumbas vacías. Sabe usted me resulta

simpático, y sería para mí una verdadera lástima, que yo tenga que almacenarlo en un mausoleo por un tiempo indeterminado, hasta que se digne hablar.

- ¡Por qué no me cree! —replicó don Lisandro.
- Mire, estimado amigo, como no quiere cooperar sienta la presión del cañón de mi revolver en sus huesos, dispuesto a rugir sangre. ¿Lo siente? ¿Lo siente? — bramó descontrolado el Pan de Bendición.

Cuando llegaron al lugar lo llevó a la hilera de los panteones, y al localizar el buscado el Pan de Bendición —le dijo:

- Sígame, entraremos a este panteón abandonado. Baje con cuidado al subterráneo. Aquí, si yo percuto mi arma, nadie se va a enterar. ¿Porque hace las cosas tan difíciles, don Lisandro? Siento como un viento helado en mi espalda. ¿Lo aprecia usted? Dicen que aquí, el hombre de la guadaña mora. ¿Acaso no percibe su fétido olor? —atemorizó completamente a don Lisandro.
- Por favor, sáqueme de aquí. Yo le cuento lo que usted quiera, pero por favor, sáqueme de aquí —imploró fuera de sí don Lisandro.
- ¿Palabra de hombre, don Lisandro?
- Sí. Palabra de hombre. Pero retíreme de aquí, me está faltando el aire.
- De acuerdo, contra mi voluntad lo voy a liberar. Cumplo con comunicarle que sus pies se encuentran encima de tres cadáveres, personas en las que no pude confiar, por lo tanto, hubo que dejarlas aquí, hasta que se secaran completamente. ¿Me sigue señor? —vociferó ahora el Pan de Bendición.
- Es cierto. Yo no cooperé en todos estos años con la mantención de mi familia, ¿sabe cuál fue la razón? Tengo un tremendo temor del futuro, que me paraliza entero. Me aterra no tener dinero cuando me encuentre más viejo. Que termine mi vida en un hospital de mala muerte. Que tenga que depender de otros hasta para hacer mis necesidades más básicas. Que no disponga de plata para comer. Que me da verdadero pánico, transformarme en un indigente. De vivir en la calle

solicitando limosnas. Por eso refugié mi dinero y no lo entregué a mi familia — terminó estas frases totalmente desencajado.

- Calma amigo, venga —el Pan de Bendición lo abrazó fuertemente.
- ¿Sabe porque yo soy así? Le explico. Mi familia tenía una espléndida situación económica, hasta que mi padre producto de su mala cabeza dilapidó absolutamente todo. No quedó nada. Pasaron los años, y una vez llegó la policía a la casa para llevarnos a reconocer un cadáver que yacía tapado con unos diarios viejos. Era mi padre. Había muerto botado en la calle, peor que un animal. Por eso guardo la plata. El recuerdo de ver a mi progenitor como su vida, no me ha soltado nunca —concluyó su confesión inundado de lágrimas.
- ¿Dónde está el dinero, don Lisandro? —inquirió amablemente el persecutor.
- Gran parte se encuentra en efectivo en la casa de mi madre. Le tengo pavor a los bancos que se queden con el dinero que dispongo para mi vejez
- Vamos entonces a la casa de su madre.
- De acuerdo, pero por favor, sáqueme el arma de mi espalda. Le juro que no realizaré ninguna treta.
- Confiaré en usted. Ya la retiré.
- Muchas gracias, no olvidaré su gesto. De repente no sé por qué, pero usted, me da la impresión de que es más bueno que el pan —susurró aliviado don Lisandro.

Apenas llegó a la casa de su madre, don Lisandro se dirigió a una enorme tinaja de greda de Pomaire que franqueaba el paso a una bodega. Emergían de ella unos hermosos cardenales rojos y blancos. Hundió sus manos en la tierra, extrayendo una llave. Con esta abrió la bodega, enseguida bajó del entretecho, un descolorido saco de cemento. Ahí se encontraba alojada su seguridad.

El Pan de Bendición lo tomó de los hombros como si se tratara de un hijo y le dijo:

- Bien don Lisandro, este cuento se ha acabado. Vamos a restituir todo lo que se encuentra aquí a sus verdaderos dueños.

Ahora le solicito que me siga en esta conversación, por favor: Padre, quítame desde hoy todos esos pensamientos y decretos que han arruinado mi vida. Desde ahora nunca más temeré por mi futuro. Muchas gracias. Así sea. Gracias por esta bendita liberación.

- Amén —al unísono, dijeron ambos.

Al cuarto día de la liberación de don Lisandro, un hecho precipitó que Ingrid y Damaris, no respetaran el acuerdo de dejar entre paréntesis el caso de la mujer misteriosa por una quincena. En efecto, otra misiva dirigida por la mujer a Ingrid manifestaba que:

*Estimada Ingrid:*

*Junto con saludarla cordialmente, me es muy grato comunicarle que mi esposo ha abandonado completamente su rutina semanal que le había hecho partícipe anteriormente, salvo la acostumbrada visita a su madre.*

*Ahora pasa todo el tiempo con nosotros y se comporta como el hombre y padre de mis hijos, que siempre anhelé tener. Se ha vuelto cariñoso, extremadamente comunicativo e incluso realiza actividades domésticas que nunca había realizado.*

*Algo que no sé qué es transformó su vida. Nos quiere colaborar económicamente en todo. Anda ideando qué comprar o qué mejorar. Lo anteriormente expuesto me tiene feliz, pero también de sumo preocupada. Recuerde que le conté antes en otra que Lisandro constantemente llevaba su mano al corazón, como si este le doliera en extremo. Pienso que este repentino cambio nos está anunciando su partida dentro de muy poco, de otra manera no me lo explico.*

*Pero de toda la plata anterior que nos debe, no ha hablado nada. Como temo lo peor, le solicitaría que, por favor, agilice su cometido, para que no quedemos en la indefensión. Perdone mi atrevimiento, pero, estoy completamente tirada de nervios.*

*Ruego su comprensión.*

*Con atentos saludos,*

*Una mujer que por fin despertó.*



Ingrid releyó el mensaje por enésima vez. Enseguida se comunicó con su asociada Damaris, para inquirir su consejo:

- Hola Damaris. ¿Cómo estás? Amiga, te cuento que me acaba de llegar otra carta de nuestra mandante. Me cuenta en ella que su marido está totalmente cambiado, que se ha transformado en el hombre que siempre deseó.
- No lo puedo creer. Ni con una fiebre altísima, hubiese imaginado algo así. Cuéntame más, por favor –solicitó Damaris.
- ¿Te acuerdas de que don Lisandro llevaba su mano al corazón constantemente, como si este le doliera mucho? Pues bien, nuestra amiga misteriosa cree que el cambio de su esposo obedece a que intuye que él, pronto va a pasar a mejor vida –prosiguió Ingrid.
- Yo tengo otra mirada, de acuerdo con lo informado por la colega de la biblioteca, donde él tiene un seguro de salud. Asegura mi igual, que él se encuentra en perfectas condiciones de salud y, que nunca ha fallado a algún chequeo anual – le informó a Ingrid.
- ¿Qué raro? Como ella temiera que don Lisandro expire en el corto tiempo, nos solicita agilizar nuestro trámite, para que ellos no queden desprotegidos. ¿Qué te parece? –preguntó Ingrid.
- Me parece que lo que tenemos que realizar a la brevedad es visitarla, terminando este asunto de una vez por todas –concluyó Damaris.
- Completamente de acuerdo. El Pan de Bendición sabe su dirección. ¿Te tinca que vayamos en mi auto, mañana temprano? Creo que es conveniente dialogar a solas con ella. Te llamo a la hora que pasaré por tu oficina.
- Sí. De allá somos –finalizó Damaris.

Por si acaso, nunca se sabe, invitaron al Pan de Bendición para que las acompañara, pero que solo ellas iban a entrar a la casa, y que él, las esperara con el motor en marcha,

a una distancia prudente. Cuando entraron a la vivienda, descubrieron a una mujer avejentada que no representaba su edad real.

- Notaron, además, que la dama estaba como a la defensiva. Ingrid asertiva como era, le solicitó respetuosamente que le contara cómo se llamaba, cómo la ubicó y quién era la amiga en común que ambas tenían.
- Me llamo Teresa Carrasco. Mis amigas me dicen cariñosamente Teresita. La ubiqué por nuestra amiga común, que es la Silvia Torrens, compañera suya de un ramo de la carrera de derecho —respondió escuetamente Teresita.
- ¿Cómo se enteró de mi dirección particular y comercial?  
Están en Internet, a la vista de todos —dijo la aludida.
- ¿Y por qué solicitó mis servicios y no los de otra persona?
- Porque usted le solucionó el grave problema que tuvo Silvia —replicó Teresita.
- ¿Por qué esperó largos cuarenta años para terminar con su problema? —indagó ahora, Damaris.
- Porque fui enseñada desde pequeña que el matrimonio es para toda la vida. Esa es la mayor razón que tengo para permanecer todavía con él — respondió Teresita.
- Y dígame ahora. ¿Qué va a ser con todo el dinero que quizás —en el mejor de los casos—, le restituya don Lisandro? —contrarrestó Ingrid.
- Darnos todos los gustos que nos merecemos como familia —balbuceó Teresita.
- Ya nos conocemos. ¿Tiene algo más que agregar? —inquirió Ingrid.
- Solo que se apuren antes que mi marido fallezca.

Las asociadas apenas salieron del lugar respiraron aliviadas. En el trayecto de vuelta le contaron todo a su partner. Como es lógico, muchas preguntas quedaron en el tintero. Por su parte, Damaris, al menor descuido de la anfitriona disparó sin cesar la cámara de su celular.

Como la dama necesitaba pronta respuesta a su problema, el Pan de Bendición se ofreció para vigilarla. Las amigas encontraron excelente la propuesta de su fiel amigo.

Rápidamente Damaris la investigó, recurriendo como siempre a sus generosas amigas. Se enteró de que había nacido en Valparaíso, que era menor de tres hermanas y, que su padre se suicidó en un crudo invierno. Que su vida laboral estuvo siempre ligada al banco. Que tenía una diabetes controlada y, que no registraba morosidades en bancos, como tampoco en casas comerciales. Que su amiga, Silvia Torrens, se radicó en Pucón, cuando sus hijos se casaron, convirtiéndose en una solicitada corredora de propiedades.

Cuando tuvo un tiempo libre, El Pan de Bendición dirigió sus pasos al departamento de Pedro de Valdivia con Avenida Bilbao, para saber por qué Don Lisandro realizaba tantos gestos de desagrado en contra de un departamento de un quinto piso. Inquirió con el conserje, quién era el propietario del departamento, pero él se negó rotundamente a proporcionar la información solicitada.

Entonces recurrió a su querida amiga bibliotecaria, quien le informó rápidamente que su dueño era don Alcides Real, uno de los precursores de las estafas piramidales en el país. El Pan de Bendición entendió claramente el porqué del enojo de don Lisandro.

Por su parte, Ingrid citó a su oficina a la Teresita Carrasco, consultándole lo siguiente:

- ¿Cómo dejó la carta en mi oficina sin que nadie la descubriera?
- Solo aproveché un descuido de la recepcionista —respondió.
- ¿Fue usted la mujer que fue a la oficina de Damaris a dejar un dibujo donde ella lucía el vestido con que fue a celebrar el día de su profesión?
- No, absolutamente no. Desconozco su dirección laboral y particular.
- ¿Tiene algo que contarme?
- Sí. Que un día la vigilé, dentro de mi auto.
- ¿Y qué quería averiguar, si se puede saber?
- Me da vergüenza admitirlo. Pensé que había hecho alianzas con mi marido y que juntos se repartirían el dinero. Perdóneme, por favor, se lo solicito. Creo que también tengo el mal de Diógenes con respecto al dinero.
- Todavía no lo consigue. ¿Sigue pensando lo mismo?
- No, porque usted es una persona íntegra. Perdóneme por favor.

- Disculpas aceptadas. Hasta luego, Teresita.

Damaris recibió una llamada en el curso de la tarde que la dejó totalmente perpleja. Una voz femenina con un tono fuera de sí, le comunicó que la estaban siguiendo, que tuviera cuidado y rápidamente canceló la llamada. De inmediato recordó al hombre que la siguió por dos extensas cuadras. Del piedrazo en la puerta de su casa y del dibujo de su persona ataviada con el vestido con que concurrió a una celebración profesional. Después convocó a su casa a su gran amigo, Pan de Bendición. Lo puso al tanto de todo, solicitándole qué hacer al respecto, porque ahora sí que tenía pavor de todo. Su compañero de andanzas lo primero que hizo —lógicamente—, fue consolarla. Cuando la hubo tranquilizado, revisó la seguridad de la casa, encontrándola satisfactoria. Luego se despidió, diciéndole que, si pasaba cualquier cosa anormal, lo llamara inmediatamente. Esa y otras noches el Pan de Bendición, vigiló atentamente la casa de ella, sin que nunca Damaris, se enterara.

Aprovechando el tiempo tomó su celular llamó a su amigo detective y a un peligroso delincuente, con extensas redes sociales en el mundo del hampa, para que ambos hurgaran los porqués de la situación, que estaba afectando tan seriamente a su correligionaria.

El transgresor citado movió sus contactos inmediatamente, porque consideraba como su propio padre al Carne Amarga, llamado ahora Pan de Bendición. Eligió sus mejores galas para presentarse en la biblioteca donde se desempeñaba Damaris. Pero no fue solo, se hizo acompañar de una hermosa mujer, presentándola como su secretaria personal. Prontamente ella ubicó al auxiliar anunciándole que una autoridad importante de la facultad requería de su presencia urgentemente. Que él lo esperaba justo a la entrada de la biblioteca. El hombre arregló su ropa y peinándose a la ligera, partió a presentarse ante la alta autoridad de la facultad.

- Muy buenos días, señor.
- Ramírez, Hugo Ramírez, para ser exacto. Muy buenos días.

- Mire don Hugo iré al grano inmediatamente. ¿Qué persona le entregó un sobre destinado a la señorita Damaris Valdivieso? Por favor, Irene, anote sus respuestas. Perdón señor, responda ahora.

El hombre respiró aliviado. La primera imagen que se le vino a la cabeza al ver a la alta autoridad fue que lo iban a despedir. Al oír la pregunta, respiró aliviado. Nunca, antes, ninguna autoridad del campus universitario lo había citado.

- Un hombre de unos treinta años, quizás un poquito más, que hasta hace poco llegaba los viernes por la tarde, solicitando un periódico para leer.
- Cuénteme, señor Ramírez. ¿Tuvo la posibilidad de conversar con él?
- Si, solo una vez. Cuando me solicitó pasar a los servicios higiénicos
- ¿Y que hablaron, si se puede saber?
- De todo y de nada. Espéreme, espéreme. Ahora me acuerdo claramente de que le solicité el carné de identidad, para prevenirme de cualquier desacierto. Si, ya sé, ahora recuerdo. Se llamaba Armando Avalos Aceituno. Desde ahí le puse el sobrenombre del Triple A, como la propaganda de las pilas.
- Muchas gracias, señor Ramírez fue un placer conocerlo. Tenga la bondad de recibirme estos billetes, son una pequeña colaboración, para que tome unas excelentes onces hoy. Muchas gracias.

Apenas se enteró Damaris, del nombre de la persona que entregó el sobre, realizó la búsqueda correspondiente con la ayuda, como siempre, de otras colegas. Con los datos obtenidos prontamente, el Pan de Bendición se presentó en el domicilio disfrazado de inspector sanitario, comunicándole que un vecino había sentido en la noche un fuerte olor a gas que emanaba de su propiedad.

El dueño, al ver la gravedad del asunto, lo hizo pasar. La habitación presentaba un gran desorden, por lo que dedujo que debía vivir solo. Apenas se descuidaba el dueño,

fotografiaba el lugar. Cuando estuvo seguro, extrajo lentamente la misma lapicera con que atormentó a don Lisandro.

- Dígame, Armando. ¿Por qué sigue a la señorita Damaris y la asusta entregándole un dibujo de su persona?
- No, señor. No la conozco. Usted debe estar equivocado de persona.
- Yo nunca me confundo —le dijo presionando fuertemente la lapicera que semejaba ser un revólver.
- Le juro que no la conozco, por favor, váyase de mi casa —imploró Armando.
- Voy a contar hasta tres. Cuando diga el último número si no confiesa lo asesinaré sin asco. ¿Entendió?

Lentamente empezó a contar. Uno...dos...

- Sí, yo fui, pero no me asesine por favor — suplicó el hombre.
- ¿Por qué lo hizo?
- Porque ella y otras mujeres me dejaron totalmente desnudo en el vecindario, pintándome entero de rosado. Hasta hoy soy el hazmerreír de la población.
- ¿Se puede saber por qué?
- Porque maltrataba a mi esposa.
- Parece que no aprendió la lección, porque ahora anda asustando a otra dama. Para que no se le olvide nunca, que eso no se hace, me veré en la obligación de dispararle a los pies. Pero, antes. ¿Cuénteme qué otras acciones ha realizado en contra de ella?
- La seguí por dos cuadras y también le lancé un peñascalzo a la puerta de su casa, para que se atemorizara.
- Usted es bien valiente con las mujeres. Por ser una caricatura de hombre, no tan solo lo voy a dejar lisiado, sino que también le cortaré el dedo meñique de la mano izquierda. ¿Está de acuerdo? ¿O prefiere que acerque fuego a la vivienda con usted dentro? --Vociferó totalmente fuera de sí el Pan de Bendición.

El hombre si es que alguna vez fue, se convirtió en un mar de lágrimas. El Pan de Bendición llamó a su amigo detective para que lo viniera a buscar, murmurando enceguecido de ira:

- Estos brutos no son dignos de saludarlos ni siquiera con el pie.
- Respecto a don Lisandro y su esposa Teresita, ellos se reconciliaron después de que le proporcionó todo el dinero atesorado por sus tantos miedos. Como testigos de fe invitó a Ingrid, Damaris y al inefable Pan de Bendición.

Nunca más don Lisandro portó en sus bolsillos, ni siquiera, la moneda de menor valor.